HANS CHRISTIAN ANDERSEN

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

Y OTROS CUENTOS

ILUSTRADO POR MARTA VICENTE

OEI

Escuelas del Bicentenario

ESTE LIBRO PERTENECE A:

.....

© Eudeba 2014
Hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Andersen, Hans Christian
El traje nuevo del emperador y otros cuentos / Hans Christian Andersen ; adaptado por María Elena Cuter y Cinthia Kuperman ; ilustrado por Marta Vicente. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba; Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 2014.
64 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-2351-0

1. Literatura Infantil Danesa. I. Cuter, María Elena, adapt. II. Kuperman, Cinthia, adapt. III. Vicente, Marta, ilus.
CDD 839.81

ÍNDICE

Prólogo 4

El traje nuevo del Emperador 5

El ruiseñor 31

La princesa y el guisante 61

PRÓLOGO

Hans Christian Andersen fue uno de los escritores de literatura para niños más importantes del Siglo XIX. Nació en Dinamarca en 1805 y desde muy joven ganó prestigio en toda Europa con sus cuentos y novelas cortas, que se tradujeron a casi todos los idiomas del mundo.

Como escritor trabajó la ironía y las formas burlonas, como en el caso de estos cuentos que vas a leer, en los cuales él subraya la tontería popular de los que no quieren ver las cosas como son.

Andersen escribió muchos cuentos de hadas y su fama creció con los títulos que toda Europa repetía en aquellos tiempos: "El traje nuevo del emperador", "La reina de las nieves", "Las zapatillas rojas", "El soldadito de plomo", "El patito feo", "La sirenita", "El ruiseñor" y muchos otros. Y además empezó a practicar algo que a todos los públicos les encanta: leer en voz alta, costumbre que él popularizó y que lo convirtió en un personaje conocidísimo y apreciadísimo en todo el mundo, aunque no en su Dinamarca natal, que era el único lugar donde no se lo consideraba un gran escritor. Hasta que en 1866 el rey de Dinamarca le concedió un título honorífico y lo declaró ciudadano ilustre de su ciudad natal.

Falleció en 1875 y en su honor se concede cada dos años, desde 1956, el premio Hans Christian Andersen de literatura infantil.

Ojalá disfrutes estos cuentos, como lo hicieron millones de chicos y chicas en todo el mundo, desde hace casi doscientos años.

MEMPO GIARDINELLI

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

Hace muchos años vivía un Emperador tan aficionado a los trajes nuevos que gastaba todo su dinero en vestir con la máxima elegancia. No se interesaba por sus soldados, ni le atraía el teatro, ni le gustaba pasear en coche por el bosque, a menos que fuera para lucir sus atuendos nuevos. Tenía un traje distinto para cada hora del día, y de la misma manera que se dice de un rey que se encuentra en el Consejo, de él se decía siempre:

–El Emperador está en el ropero.

La gran ciudad en que vivía era visitada a diario por numerosos forasteros.

Un día, se presentaron dos pícaros que se hacían pasar por tejedores. Decían a todos que eran capaces de tejer las telas más espléndidas que pudiera imaginarse. No sólo los colores y los dibujos eran de una insólita belleza, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de convertirse en invisibles para todos aquellos que no fuesen merecedores de su cargo o que fueran irremediablemente tontos.

La noticia no tardó en llegar a la corte.

El Emperador pensó: "¡Deben ser trajes magníficos! Si los llevase, podría averiguar qué funcionarios del reino son indignos del cargo que desempeñan. Podría distinguir a los listos de los tontos. Sí, debo encargar inmediatamente que me hagan un traje".

Y entregó mucho dinero a los estafadores para que comenzaran su trabajo.

Los pícaros instalaron entonces dos telares y simularon que trabajaban en ellos aunque estaban totalmente vacíos. Con toda urgencia, exigieron las sedas más finas y el hilo de oro de la mejor calidad. Guardaron en sus alforjas todo esto y trabajaron en los telares vacíos hasta muy entrada la noche.

“Me gustaría saber lo que han avanzado con la tela”, pensaba el Emperador, pero se encontraba un poco confuso en su interior al pensar que el que fuese tonto o indigno de su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que tuviera dudas sobre sí mismo; pero, por si acaso, prefería enviar primero a otro, para ver cómo andaban las cosas.

Todos los habitantes de la ciudad estaban informados de la particular virtud de aquella tela, y todos estaban deseosos de ver lo tonto o inútil que era su vecino.

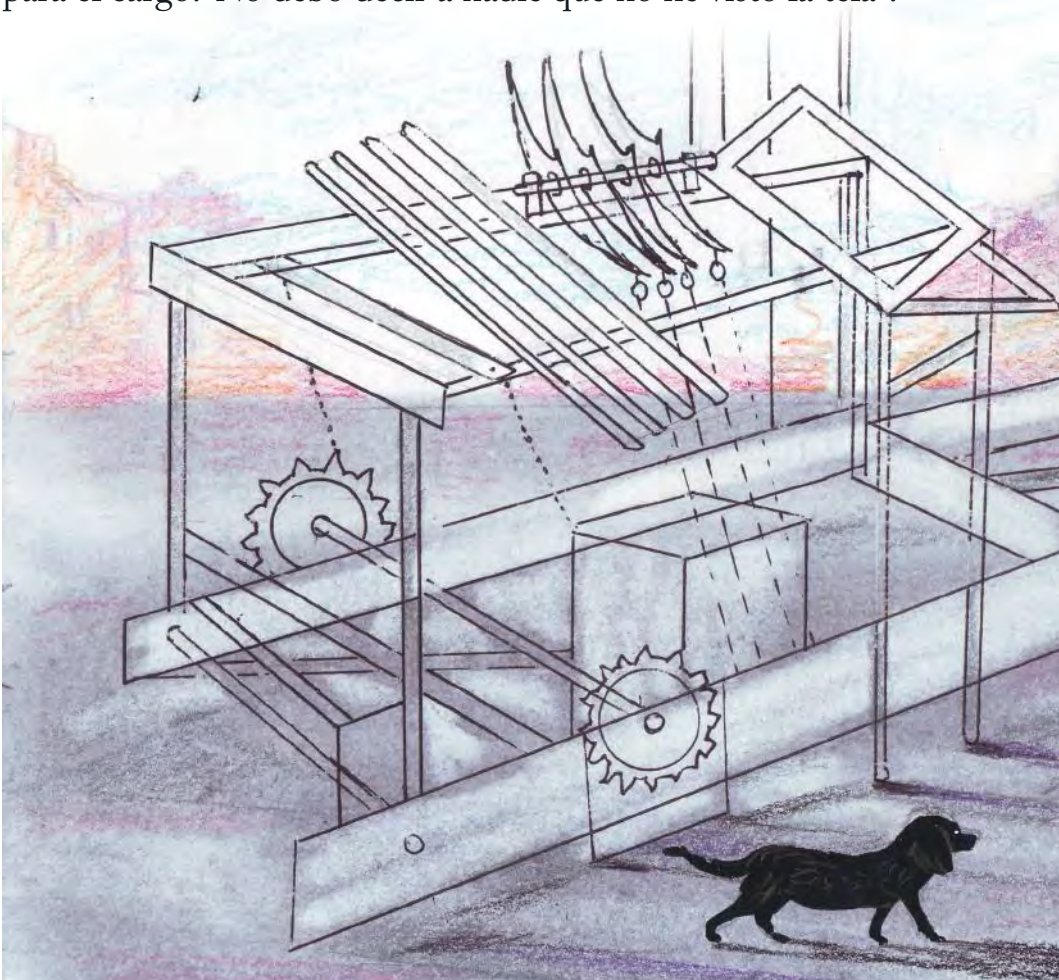
“Enviaré a mi viejo ministro a que visite a los tejedores –pensó el Emperador–. Es un hombre honrado y el más indicado para ver si el trabajo progresa, pues tiene buen juicio, y no hay quien desempeñe el cargo como él”.

El viejo y digno ministro se presentó, pues, en la sala ocupada por los dos pícaros, que seguían trabajando en los telares vacíos.

"¡Dios me guarde! –pensó, abriendo unos ojos como platos–. ¡No veo nada!". Pero tuvo buen cuidado en no decirlo.

Los dos estafadores le pidieron que se acercase y le preguntaron si no encontraba preciosos el color y el dibujo. Al decirlo, le señalaban el telar vacío, y el pobre ministro seguía con los ojos desencajados, pero sin ver nada, puesto que nada había.

"¡Dios mío! –pensó–. ¿Seré tonto acaso? ¿Es posible que sea inútil para el cargo? No debo decir a nadie que no he visto la tela".



–¿Qué? ¿No decís nada del tejido? –preguntó uno de los pillos.

–¡Oh, precioso, maravilloso! –respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes–. ¡Qué dibujos y qué colores! Desde luego, diré al Emperador que me ha gustado extraordinariamente.

–Cuánto nos complace –dijeron los tejedores, dándole los nombres de los colores y describiéndole el raro dibujo.

El viejo ministro tuvo buen cuidado de quedarse las explicaciones en la memoria para poder repetirlas al Emperador; y así lo hizo.

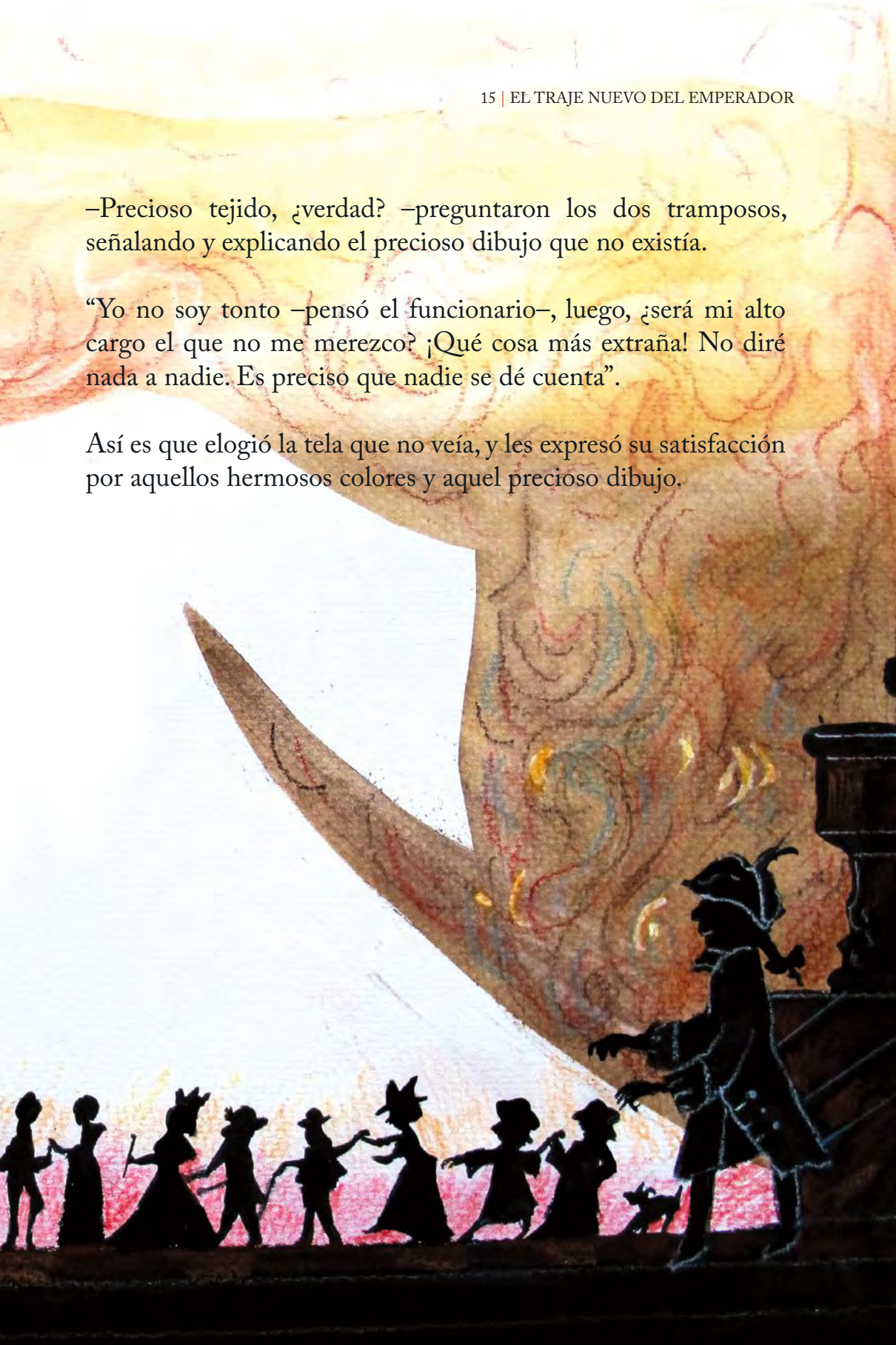
Los estafadores volvieron a pedir más dinero, más seda y más oro, ya que lo necesitaban para seguir tejiendo. Lo almacenaron todo en sus alforjas, pues ni una hebra se empleó en el telar, y ellos continuaron, como antes, trabajando en el telar vacío.

Poco después el Emperador envió a otro funcionario de su confianza a inspeccionar el estado del tejido. Al segundo le ocurrió lo que al primero; miró y remiró pero, como en el telar no había nada, nada pudo ver.

–Precioso tejido, ¿verdad? –preguntaron los dos tramposos, señalando y explicando el precioso dibujo que no existía.

"Yo no soy tonto –pensó el funcionario–, luego, ¿será mi alto cargo el que no me merezco? ¡Qué cosa más extraña! No diré nada a nadie. Es preciso que nadie se dé cuenta".

Así es que elogió la tela que no veía, y les expresó su satisfacción por aquellos hermosos colores y aquel precioso dibujo.



Al día siguiente, se presentó ante el Emperador y le informó:

–¡El tejido es digno de admiración!

Todos en la ciudad hablaban de la espléndida tela como si la hubiesen visto. El Emperador, entonces, también quiso verla antes de que la sacasen del telar.

Seguido de una multitud de personajes distinguidos, entre los cuales figuraban los dos viejos y buenos funcionarios que habían ido antes, se encaminó a la sala donde se encontraban los pícaros, los cuales continuaban tejiendo afanosamente, aunque sin hebra de hilo.

–¿Verdad que es admirable? –preguntaron los dos honrados funcionarios–. Fíjese Vuestra Majestad en estos colores y estos dibujos –y señalaban el telar vacío, creyendo que los demás veían perfectamente la tela.

"¿Qué es esto? –pensó el Emperador–. ¡Yo no veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré tonto? ¿O es que no merezco ser emperador? ¡Resultaría espantoso que fuese así!".

–¡Oh, es bellísima! –dijo en voz alta–. Tiene mi real aprobación –y con un gesto de agrado miraba el telar vacío, sin decir ni una palabra de que no veía nada.

Todo el séquito miraba y remiraba, pero ninguno veía absolutamente nada. Sin embargo, exclamaban, como el Emperador:

–¡Oh, es bellísima! –y le aconsejaron que se hiciese un traje con esa tela nueva y maravillosa, para estrenarlo en el desfile que debía celebrarse próximamente.

–¡Es preciosa, elegantísima, estupenda! –corría de boca en boca, y todos estaban entusiasmados con ella.

El Emperador concedió a cada uno de los dos bribones una Cruz de Caballero para que las llevaran en el ojal, y los nombró Caballeros Tejedores.

Durante toda la noche que precedió al día de la fiesta, los dos embaucadores estuvieron levantados, con más de dieciséis lámparas encendidas. La gente pudo ver que trabajaban activamente en la confección del nuevo traje del Emperador.

Simularon quitar la tela del telar, cortaron el aire con grandes tijeras y cosieron con agujas sin hebra de hilo; hasta que al fin, gritaron:

–¡Mirad, el traje está listo!

A la mañana siguiente, llegó el Emperador en compañía de sus caballeros más distinguidos, y los dos truhanes, levantando los brazos como si sostuviesen algo, dijeron:

–¡Estos son los pantalones! ¡La casaca! ¡El manto!

Y así fueron nombrando todas las piezas del traje.

–Las prendas son ligeras como si fuesen una tela de araña –elogiaron los bribones–. Se diría que no lleva nada en el cuerpo, pero esto es precisamente lo bueno de la tela.

–¡En efecto! –asintieron todos los cortesanos, sin ver nada, porque no había nada.

–¿Quiere dignarse Vuestra Majestad a quitarse el traje que lleva –preguntaron los bandidos–, para que podamos probarle los nuevos vestidos ante el gran espejo?

El Emperador se despojó de todas sus prendas, y los pícaros simularon entregarle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes. Luego hicieron como si atasen algo a la cintura del Emperador: era la cola; y el Monarca se movía y contoneaba ante el espejo.

–¡Dios, y qué bien le sienta, le va estupendamente! –exclamaron todos–. ¡Qué dibujos! ¡Qué colores! ¡Es un traje precioso!

–El palio para el desfile os espera ya en la calle, Majestad –anunció el maestro de ceremonias.

–¡Sí, estoy preparado! –dijo el Emperador–. ¿Verdad que me sienta bien? –y de nuevo se miró al espejo, haciendo como si estuviera contemplando sus vestidos.

Los chambelanes encargados de llevar la cola bajaron las manos al suelo como para levantarla, y siguieron con las manos en alto como si estuvieran sosteniendo algo en el aire; por nada del mundo hubieran confesado que no veían nada.

Y de este modo marchó el Emperador bajo el espléndido palio, mientras que todas las gentes, en la calle y en las ventanas, decían:

–¡Qué precioso es el nuevo traje del Emperador! ¡Qué magnífica cola! ¡Qué bien le sienta!

Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que no veían nada, porque eso hubiera significado que eran indignos de su cargo o que eran tontos de remate. Ningún traje del Emperador había tenido tanto éxito como aquél.

–¡Pero si no lleva nada! –exclamó de pronto un niño.

–¡Dios mío, escuchad la voz de la inocencia! –dijo su padre.

Y todo el mundo empezó a cuchichear sobre lo que acababa de decir el pequeño.

–¡Pero si no lleva nada puesto! ¡Es un niño el que dice que no lleva nada puesto!

–¡No lleva traje! –gritó, al fin, todo el pueblo.

Aquello inquietó al Emperador, porque pensaba que el pueblo tenía razón; pero se dijo:

"Hay que seguir en la procesión hasta el final".

Y se irguió aún con mayor arrogancia que antes; y los chambelanes continuaron portando la inexistente cola.

EL RUISEÑOR

El palacio del Emperador era el más espléndido del mundo, todo él de la más fina porcelana, tan precioso pero tan frágil que había que extremar las precauciones antes de tocar nada. En el jardín abundaban las flores más preciosas y de algunas pendían campanillas de plata que tintineaban para que nadie pudiera pasar ante ellas sin observarlas.

El jardín del Emperador era tan extenso que hasta el mismo jardinero desconocía dónde estaba su final. En el caso de que lograras alcanzarlo, te encontrarías con el bosque más espléndido, con altos árboles y profundos lagos.

Aquel bosque llegaba hasta el hondo mar, que era de un azul intenso; grandes embarcaciones podían navegar bajo las ramas, y en ellas vivía un ruiseñor que cantaba como los ángeles. Tan bien lo hacía que, incluso el pobre pescador, a pesar de sus muchas

preocupaciones, cuando salía por la noche a recoger las redes, se detenía a escuchar su canto.

–¡Dios mío, qué trinos más hermosos! –exclamaba; pero tenía que atender a sus tareas y se olvidaba del pájaro, aunque sólo hasta la siguiente noche; al escucharlo de nuevo, repetía:

–¡Dios mío, qué melodía tan hermosa!

De todos los países del mundo llegaban viajeros a la ciudad imperial, a la que admiraban tanto como al palacio y al jardín; pero cuando oían al ruiseñor, siempre decían:

–¡Pero esto es lo mejor!

De regreso a sus tierras los viajeros lo contaban, y los sabios escribían muchos libros sobre la ciudad, el palacio y el jardín; nunca olvidaban al ruiseñor, al que consideraban lo más importante. Los poetas componían inspiradísimos poemas sobre el ruiseñor que cantaba en el bosque, junto al hondo mar.

Aquellos libros dieron la vuelta al mundo, y algunos llegaron hasta el Emperador. Sentado en su trono de oro leía y leía, y de vez en cuando hacía con la cabeza gestos de aprobación, pues le complacía leer aquellas magníficas descripciones de la ciudad, del palacio y del jardín. "Pero lo mejor de todo, sin embargo, es el ruiseñor", decía el libro.

–¿Qué es esto? –gritó el Emperador–. ¿El ruiseñor? ¡Jamás he oído hablar de él! ¿Hay un pájaro semejante en mi jardín? Nadie me ha hablado de él. ¡Y tengo que enterarme leyéndolo en los libros!

Llamó entonces al mayordomo de palacio, que era tan importante que, cuando una persona de rango inferior se atrevía a dirigirle la palabra para preguntarle algo, se limitaba a contestar: –¡P! –que no significaba nada.

–¡Tenemos aquí un pájaro extraordinario, llamado ruiseñor! –dijo el Emperador–. Dicen que es lo mejor que existe en mi Imperio. ¿Por qué no me han hablado nunca de él?

–Nunca he oído ese nombre –dijo el mayordomo–. Jamás ha sido presentado en la Corte.

–¡Pues ordeno que venga aquí esta noche a cantar para mí! –dijo el Emperador–. El mundo entero conoce lo que tengo, menos yo.

–Jamás he oído ese nombre –repitió el mayordomo–. Lo buscaré y lo encontraré.

Pero, ¿dónde encontrarlo? El mayordomo subió y bajó todas las escaleras y recorrió salas y pasillos. Nadie de cuantos interrogó había oído hablar del ruiseñor.

Y así el mayordomo, volviendo al Emperador, le dijo que probablemente era una de esas fábulas que ponen en los libros.

–Vuestra Majestad Imperial no debe creer todo lo que se escribe.

–El libro donde lo he leído me lo ha enviado el poderoso Emperador del Japón –dijo el Soberano–; por lo tanto, no puede contener falsedades. ¡Quiero oír al ruiseñor! ¡Que acuda esta noche a mi presencia! Es mi imperial deseo.

–¡Tsing-pe! –dijo el mayordomo.

Y volvió a correr, subiendo y bajando escaleras, atravesando salas y pasillos, y media Corte corriendo con él. Todos preguntaban por el extraordinario ruiseñor, conocido por todo el mundo, pero que la Corte no conocía.

Finalmente dieron en la cocina con una pobre moza, que dijo:

–¡El ruiseñor! Pues claro que lo conozco. ¡Qué bien canta! Todas las noches visito a mi pobre madre enferma, que vive cerca de la playa, y al regresar estoy tan cansada que me siento un momento en el bosque. Entonces oigo al ruiseñor. Su canto me llena el alma de emoción, como si me besara mi madre.

–Pequeña friegaplatos –dijo el mayordomo–, te daré un empleo fijo en la cocina y permiso para ver comer al Emperador, si nos traes al ruiseñor, pues está citado para esta noche.

Todos se dirigieron al bosque, donde el ruiseñor solía cantar; media Corte formaba la expedición. Nada más llegar, comenzó a mugir una vaca.

–¡Oh! –exclamó un cortesano–. ¡Ya lo tenemos! ¡Qué fuerza tan extraordinaria para un animal tan pequeño! Sin embargo, estoy seguro de haberlo oído antes.

–No, eso es una vaca que muge –dijo la muchacha–. Aún tenemos que andar mucho para encontrar al ruiseñor.

Luego oyeron las ranas croando en una charca.

–¡Magnífico! –exclamó el capellán imperial–. Ya lo oigo, suena como campanillas de iglesia.

–¡Qué va, si son las ranas! –contestó la moza–. Pero creo que pronto lo oiremos.

Y en seguida el ruiseñor se puso a cantar.

–¡Es él! –dijo la muchachita–. ¡Escuchen, escuchen! ¡Allí está! –y señaló un pajarito gris posado en una rama.

–¿Es posible? –dijo el mayordomo–. Jamás lo habría imaginado así. ¡Qué vulgar!

–¡Pequeño ruiseñor! –dijo en voz alta la muchachita–, ¡nuestro gracioso Emperador quiere que cantes para él.

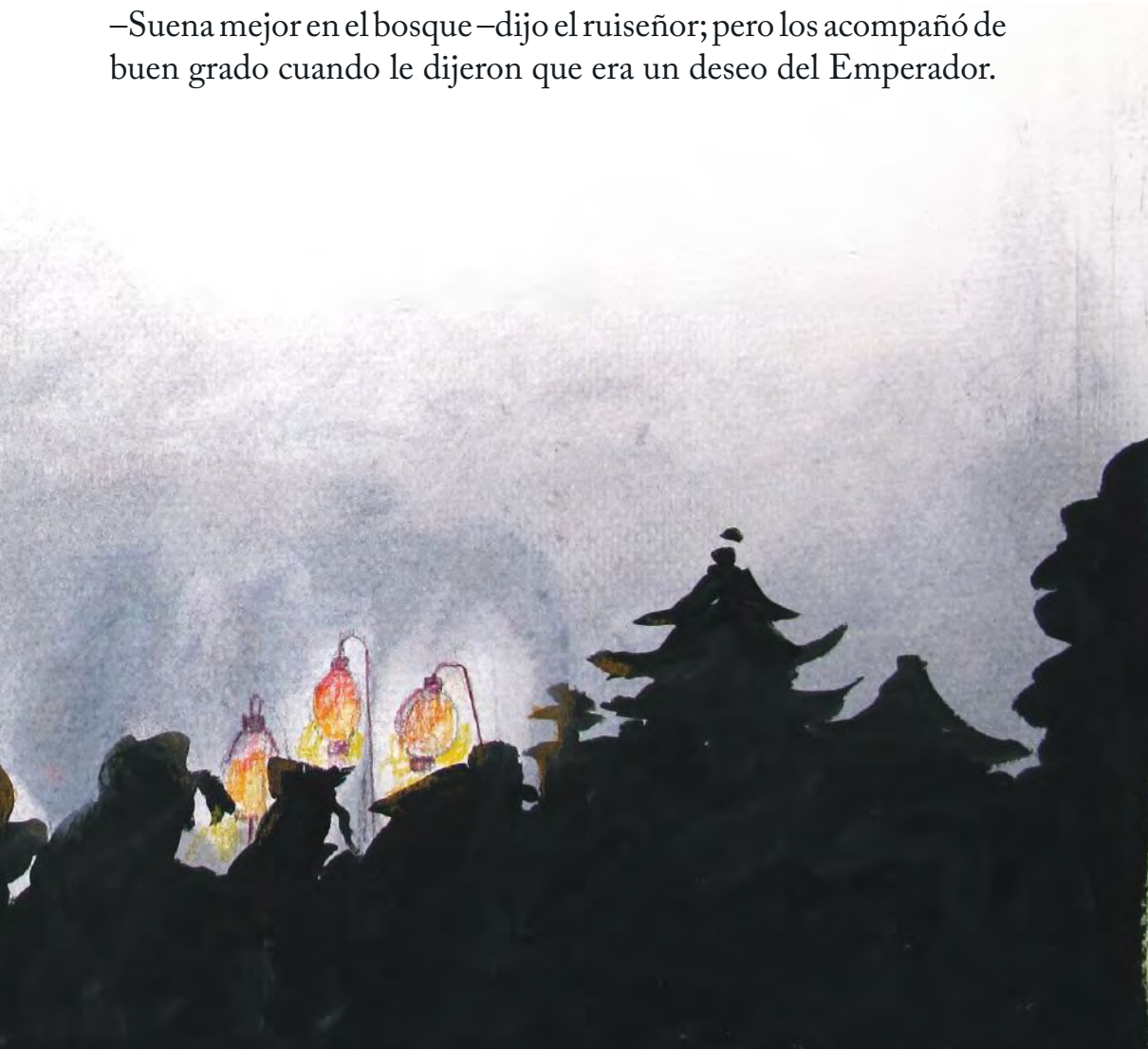
–¡Con sumo placer! –respondió el ruiseñor, y lo dijo cantando magníficamente.

–¡Parecen campanitas de cristal! –observó el mayordomo.

–¿Quieren que vuelva a cantar para el Emperador? –preguntó el ruiseñor, que creía que el Emperador estaba allí.

–Mi pequeño y excelente ruiseñor –dijo el mayordomo–, tengo el grato honor de invitaros a una gran fiesta en palacio esta noche, donde podréis deleitar a Su Imperial Majestad con vuestro delicioso canto.

–Suena mejor en el bosque –dijo el ruiseñor; pero los acompañó de buen grado cuando le dijeron que era un deseo del Emperador.



En palacio todo había sido pulido y abrillantado. Las paredes y el suelo, que eran de porcelana, brillaban a la luz de miles de lámparas de oro. Las flores más exquisitas, dispuestas con sus campanillas, habían sido colocadas en los pasillos. Las constantes carreras de los cortesanos por los corredores, para que todo estuviera en su punto, producían tales corrientes de aire que las campanillas no cesaban de sonar.

En medio del gran salón donde se sentaba el Emperador, había una percha de oro para el ruiseñor. Toda la Corte estaba presente, y la pequeña ayudante de cocina había recibido autorización para situarse detrás de la puerta, pues ya era considerada como una imperial cocinera. Todos llevaban sus vestidos de gala, y todos miraban al pajarillo gris, a quien el Emperador hizo la señal de que podía comenzar.

Y el ruiseñor cantó tan deliciosamente que las lágrimas asomaron a los ojos del Emperador; y cuando el pájaro las vio surcar sus mejillas, volvió a cantar con mayor belleza, hasta llegarle al corazón. El Emperador quedó tan complacido que dijo que regalaría su babucha de oro al ruiseñor para que se la colgase del cuello. Mas el ruiseñor le dio las gracias, diciéndole que ya se consideraba suficientemente recompensado.

–El haber visto lágrimas en los ojos del Emperador es para mí el mejor premio. Las lágrimas de un Emperador tienen un poder mágico –y reanudó su canto con su dulce y melodiosa voz.

Todas las damas dijeron que el canto del ruiseñor era delicioso. Los lacayos y las camareras también expresaron su aprobación. No cabía duda de que el ruiseñor había tenido un éxito absoluto.

El ruiseñor se quedaría a vivir en la Corte, con derecho a jaula propia, y con libertad para salir de paseo dos veces durante el día y una vez por la noche. Pusieron a su servicio doce criados, cada uno de los cuales sujetaba con firmeza una cinta de seda que le habían atado alrededor de la pata. La verdad es que no eran especialmente agradables aquellas excursiones.

La ciudad entera hablaba del extraordinario pájaro, y cuando dos se encontraban, se saludaban diciendo el uno: "Rui" y respondiendo el otro: "Señor"; y suspiraban y se entendían entre sí.

Un día el Emperador recibió un gran paquete con el letrero: "Ruiseñor".

–He aquí un nuevo libro sobre nuestro famoso pájaro –exclamó el Emperador.

Pero no era ningún libro, sino un pequeño robot colocado en una jaula: un ruiseñor artificial, que se parecía al vivo, pero recubierto de diamantes, rubíes y zafiros. En cuanto se le daba cuerda cantaba la misma melodía que cantaba el verdadero, levantando y bajando la cola. Llevaba una cintita colgada del cuello con el letrero: "El ruiseñor del Emperador del Japón es pobre en comparación con el del Emperador de la China".

–¡Soberbio! –exclamaron todos–. Ahora deben de cantar juntos. ¡Qué gran dúo harán!

Y los hicieron cantar juntos; pero la cosa no tuvo éxito, pues el ruiseñor auténtico cantaba a su manera y el artificial iba a piñón fijo.

–No se le puede reprochar nada –dijo el Director de la Orquesta Imperial–; lleva el compás magistralmente y sigue mi método al pie de la letra.

Así es que el pájaro artificial tuvo que cantar solo. De esta forma obtuvo tanto éxito como el auténtico, y además, era mucho más bonito, pues brillaba como una pulsera o un broche.

El pájaro artificial cantó treinta y tres veces la misma melodía, sin cansarse en absoluto. Los cortesanos querían oírla de nuevo, pero el Emperador opinó que también el ruiseñor verdadero debía cantar un poco. Pero, ¿dónde estaba? Nadie se había dado cuenta de que, volando por la ventana abierta, había vuelto a su verde bosque.

–¡Qué cosa más extraña! –dijo el Emperador. Y todos los cortesanos dijeron que el ruiseñor era un pájaro extremadamente desagradecido.

–¡Pero tenemos el mejor pájaro! –dijeron–, y el ave artificial hubo de cantar de nuevo, repitiendo por trigésima cuarta vez la misma canción.

El Director de la Orquesta Imperial lo alabó extraordinariamente, asegurando que era mejor que el ruiseñor auténtico, no sólo en lo concerniente al plumaje y los espléndidos diamantes, sino también en lo interno.

–Pues considere, Su Majestad, que con el ruiseñor auténtico nunca se puede predecir lo que va a cantar. En cambio, en el artificial todo está determinado de antemano; se oirá tal cosa y tal otra, y nada más. Puede uno darse cuenta de cómo funciona; se puede abrir y observar el ingenio con que están dispuestos los engranajes, cómo se mueven con total exactitud, sin que ocurra ninguna imprevisión.

–Eso pensamos todos –dijeron los cortesanos, y el Director de la Orquesta Imperial fue autorizado para que el próximo domingo mostrara el pájaro al pueblo.

–Podrán todos oírlo cantar –dijo el Emperador.

Y lo oyeron, y quedaron tan satisfechos como si se hubiesen emborrachado con té, y todos gritaron: "¡Oh!", y levantaron el dedo, y asintieron con la cabeza.

Sólo los pobres pescadores que habían oído al ruiseñor de verdad, dijeron:

–No está mal; las melodías se parecen, pero le falta algo, no sé qué...

El pájaro mecánico estuvo, a partir de ese momento, sobre un cojín de seda junto a la cama del Emperador y fue nombrado Cantante de Cabecera del Emperador.

Así transcurrieron las cosas durante un año. El Emperador, la Corte y todos los demás se sabían de memoria el menor gorjeo del pájaro mecánico, y precisamente por eso lo apreciaban más; podían imitarlo y lo hacían. Era verdaderamente divertido.

Pero una noche en que el pájaro artificial estaba cantando maravillosamente, el Emperador, que ya estaba acostado, oyó un "¡clac!" en el interior del mecanismo. Los engranajes giraron más de la cuenta y se paró la música.

El Emperador se levantó inmediatamente y llamó a su médico de cabecera; pero, ¿qué podía hacer él? Entonces llamaron al relojero, quien tras largos discursos y manipulaciones lo arregló a medias. Declaró que debían tocarlo poco y no hacerlo trabajar demasiado, pues los pivotes estaban gastados y no era posible sustituirlos por otros nuevos que fueran acordes con la música.

¡Qué desgracia! Desde entonces sólo se permitió cantar al pájaro una vez al año, y aún esto era considerado un exceso; pero en tales ocasiones el Director de la Orquesta Imperial pronunciaba un discurso con palabras difíciles de entender, diciendo que el ave cantaba tan bien como antes, y todos estaban de acuerdo.
Pero las cabezas seguían hablando y la Muerte asentía con la cabeza a todo lo que decían.

Pasaron cinco años. El Emperador enfermó gravemente y todos sufrían pues temían por su vida. El sucesor ya había sido designado, y el pueblo, en la calle, no cesaba de preguntar al mayordomo de Palacio por el estado del viejo Emperador.

–¡P! –respondía, moviendo la cabeza.

Frío y pálido yacía el Emperador en su grande y suntuoso lecho. Toda la Corte le creía muerto y cada uno se apresuraba

a presentar sus respetos al nuevo Emperador. Los lacayos salían precipitadamente para hablar del suceso, y las camareras de palacio se habían reunido para tomar el té. En todos los salones y pasillos habían tendido alfombras para que no se oyeran los pasos, y todo estaba en profundo silencio.

Por una ventana que se abría en lo alto, la luna iluminaba al Emperador y al pájaro mecánico.

El Emperador abrió los ojos y vio a la Muerte, con su corona de oro en la cabeza, sosteniendo en una mano la imperial espada dorada y, en la otra, su magnífico estandarte. En torno, por los pliegues de las cortinas de terciopelo, asomaban extrañas cabezas, algunas horribles y otras de expresión dulce y apacible. Las obras buenas y malas del Emperador lo contemplaban en aquellos momentos en que la Muerte se había aparecido.

–¿Te acuerdas de esto? –susurraban una tras otra–. ¿Te acuerdas? –y le recordaban tantas cosas, que le brotaba el sudor de su frente.

–¡Jamás lo supe! –se excusaba el Emperador–. ¡Música, música! ¡Que suene el gran tambor chino –gritó– para no oír lo que dicen!

Pero las cabezas seguían hablando y la Muerte asentía con la cabeza a todo lo que decían.

–¡Música, música! –gritaba el Emperador–. ¡Tú, pajarillo de oro, canta, canta!

Pero el pájaro permanecía callado, pues no había nadie que le diese cuerda, y la Muerte miraba al Emperador con sus grandes cuencas vacías; y el silencio era aterrador.

Entonces se oyó, procedente de la ventana, un canto maravilloso. Era el pequeño ruiseñor que estaba en el jardín, posado en una rama. Enterado de la desgracia del Emperador, había acudido a traerle consuelo y esperanza. Cuanto más cantaba, más palidecían y se esfumaban aquellos espectros e incluso la Muerte escuchó y dijo:

–Sigue, pequeño ruiseñor, sigue.

–Sí, pero, ¿me darás la magnífica espada de oro? ¿Me darás el rico estandarte? ¿Me darás la corona imperial?

Y la Muerte le fue dando aquellos tesoros a cambio de canciones, y el ruiseñor siguió cantando, cantando del silencioso cementerio donde crecen las rosas blancas, donde las lilas exhalan su fragancia y donde la fresca hierba es humedecida por las lágrimas de los que quedan.

La Muerte sintió entonces nostalgia de su jardín y salió por la ventana, flotando como una blanca y fría neblina.

–¡Gracias, gracias! –dijo el Emperador–. ¡Bien te conozco, avecilla! Con tu canto has alejado de mi lecho los malos espíritus y has ahuyentado a la Muerte. ¿Cómo te lo podré pagar?

–Ya lo has hecho –dijo el ruiseñor–. Arranqué lágrimas a tus ojos la primera vez que canté para ti; esto no lo olvidaré nunca, pues son las joyas que llenan de gozo el corazón de un cantante. Pero ahora duerme y recupera las fuerzas, que yo te cantaré.

Y el ruiseñor cantó, y el Emperador quedó sumido en un dulce sueño, suave y reparador.

El sol entraba por las ventanas cuando el Emperador se despertó, sano y fuerte. Ninguno de sus criados había acudido aún, pues todos lo creían muerto. Pero el ruiseñor seguía cantando en las ramas.

–¡Te quedarás conmigo para siempre! –le dijo el Emperador–. Cantarás cuando te apetezca; y en cuanto al pájaro artificial, lo romperé en mil pedazos.

–No lo hagas –suplicó el ruiseñor–. Él cumplió su misión mientras pudo; trátalo como siempre. Yo no puedo vivir en palacio, pero permíteme que venga cuando quiera. Entonces me posaré junto a la ventana y te cantaré para que estés contento y te haga pensar. Debo volar lejos, hasta la cabaña del pobre pescador, hasta el tejado del campesino, hasta todos los que se encuentran apartados de ti y de tu Corte. Cantaré de los que son felices y también de los que sufren; y del mal y del bien que se hace a tu alrededor.

–¡Lo que quieras! –dijo el Emperador, puesto de pie. Vestía su ropaje imperial, que él mismo se había puesto, y apretaba contra su corazón la espada de oro macizo.

–Sólo te pido que no le digas a nadie que tienes un pajarillo que te cuenta todas las cosas. ¡Así será mejor!

Y el ruiseñor se marchó volando.

LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Érase una vez un príncipe que quería casarse, pero tenía que ser con una princesa de verdad. Necesitaba estar seguro de casarse con una auténtica princesa. De modo que dio la vuelta al mundo para encontrarla.

Encontró muchas princesas pero no estaba seguro de que lo fueran de verdad. Siempre había en ellas algo que no terminaba de convencerle.

Desconsolado, regresó al palacio sin haber hallado a su princesa.

Una noche estalló una tempestad horrible, con rayos y truenos y lluvia a cántaros; era una noche, en verdad, espantosa. De pronto golpearon a la puerta del castillo, y el viejo Rey fue a abrir.

Afuera había una muchacha que decía ser una princesa. Pero, ¡caramba!, ¡qué aspecto presentaba! El agua le goteaba del pelo y de las ropas, le corría por la punta de los zapatos y le salía por el tacón y, sin embargo, decía que era una princesa auténtica.

La vieja Reina pensó: “Bueno, eso ya lo veremos”. Y sin decir palabra, fue a la alcoba, apartó toda la ropa de la cama y puso un guisante en el fondo. Después, ella misma dispuso veinte colchones sobre el guisante y colocó veinte mantas sobre los colchones.

La que decía ser princesa dormiría allí aquella noche.

A la mañana siguiente, apenas el sol brilló en el horizonte, la vieja reina preguntó a la joven qué tal había dormido.

–¡Oh, terriblemente mal! –se quejó la princesa–. Apenas si he cerrado un ojo en toda la noche. ¡Sabe Dios lo que habría en la cama! He dormido sobre algo tan duro que tengo todo el cuerpo lleno de magulladuras. ¡Ha sido horrible!

Así pudieron ver que era una princesa auténtica, porque había notado el guisante a través de veinte colchones y de veinte mantas. Sólo una auténtica princesa podía haber tenido una piel tan delicada.

El príncipe la tomó por esposa, porque ahora pudo estar seguro de que se casaba con una princesa auténtica, y el guisante entró a formar parte de las joyas de la corona, donde todavía puede verse, a no ser que alguien se lo haya comido.

¡Como veréis, éste sí que fue un auténtico cuento!

eudeba